

APÓSTOL ¿ROL O RANGO?

Por Carlos Sokoluck*

Hace algunos años Dios despertó en la iglesia un renovado interés por la vigencia de los ministerios mencionados en Efesios 4. Esto trajo cambios importantes en la interpretación y la aplicación de las Escrituras. Uno de esos ministerios es el del apóstol.

Si bien es un tema de amplia difusión dentro de las iglesias, todavía queda algunas cuestiones por resolver acerca de este ministerio, una de ellas es: si es un rol o un rango. Si lo consideramos “simplemente un **rol**”, podría ocurrir que dentro de la esfera de la iglesia, carezca del prestigio suficiente y por ende demasiado pocos tengan interés en desarrollar la tarea apostólica. Esto provocaría la ausencia de uno de los pilares fundamentales de la iglesia, con consecuencias eternamente trágicas para la mayor parte de la humanidad. Porque debemos aceptar que este ministerio demanda una gran cuota de valentía y una entrega absoluta a la causa de la proclamación del evangelio. Solo a modo de ilustración leamos la lista (seguramente incompleta) de padecimientos confeccionada por uno de los apóstoles más famosos de la historia, el apóstol Pablo: “... *en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias*” 2 Corintios 11.23-28.

Si examináramos los evangelios deuterocanónicos descubriríamos que los otros apóstoles neotestamentarios no corrieron mejor suerte.

Por otra parte, considerarlo como un **rango**, invertiría la tendencia, llevando al apostolado a ser un ministerio muy apetecido por muchos, con una fuerte repercusión dentro de la cultura y la estructura eclesiástica.

Por lo tanto consideremos la función de los apóstoles desde las dos perspectivas: rol y rango.

A fin de unificar la interpretación de los términos que estamos usando vamos a describir a ambas palabras:

Rol: actividad propia de cada miembro (Ef. 4.16), tarea específica, función determinada.

Rango: jerarquía, nivel en la cadena de autoridad.

Apóstol igual Rango

Veamos en qué circunstancias los apóstoles llegaron a ser un rango dentro de la iglesia. Es innegable que mientras Jesús, el Maestro, estuvo en la tierra; toda enseñanza surgía exclusivamente de su boca, él era la última palabra en toda cuestión y frente a cada situación inesperada acudían únicamente al Señor para que la resolviera.

Cuando el Señor asciende a los cielos recae sobre los doce discípulos (con la exclusión de Judas y la inclusión de Matías) la responsabilidad de proseguir con la tarea que inició el Hijo de Dios. Ellos son los depositarios de esta revelación que Pablo más tarde va a denominar “misterio escondido desde los siglos en Dios”. Los 12 apóstoles son los únicos voceros que quedaron en la tierra de esta nueva religión (que hoy denominamos cristianismo) que se inició con Juan el Bautista, se consuma en Jesucristo, pero que se institucionaliza recién en el libro de los Hechos luego de la investidura de poder dada por el Espíritu Santo. Son los apóstoles la autoridad máxima dentro de la flamante iglesia, que va a involucrar primero a los judíos y luego al mundo entero.

Pero en el desarrollo cronológico del libro de los Hechos veremos como esa autoridad exclusiva pasa a ser compartida.

En Hechos 2, son los doce, exclusivamente, los que se encargan de dar una clase de teología que explique lo que acababa de ocurrir. *“Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló... (v. 14).*

En el capítulo 6 de Hechos son los doce, pero con la participación activa de la multitud, que resuelven un problema de administración. Los doce tienen la respuesta a la situación planteado por la distribución de la comida, dan las instrucciones precisas pero es la “multitud” la que se encarga de elegir a los siete varones adecuados para la tarea de las mesas. *“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: ... Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones”* (v. 3,4).

En el capítulo 11 una cuestión doctrinal trascendente es analizada por los apóstoles juntamente con los hermanos que estaban en Judea. *“Oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios”* (v. 1).

Finalmente llegamos a capítulo 15 donde se relata acerca de una gran discusión originada por algunos creyentes de origen judío que entendían que si los gentiles deseaban ser salvos se debían circuncidar. *“Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”*. (v.1)

Para tratar esa cuestión Pablo y Bernabé acuden a los apóstoles y a los ancianos de la iglesia de Jerusalén: *“se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión”*. (v.2)

Según el versículo 23 la decisión final la tomaron los apóstoles, los ancianos y toda la iglesia. *“Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia”*.

La explicación de la transición de la autoridad exclusiva a la autoridad compartida la podemos encontrar en el paso del tiempo, que transformó a esa multitud de nuevos creyentes, del capítulo 2, en cristianos experimentados y liderazgo maduro del capítulo 15.

La lectura del Nuevo Testamento nos permite ver con claridad que el ejercicio del rango de parte de los doce apóstoles fue circunstancial y temporal. Circunstancial dada la repentina ausencia física del Señor y Maestro. Temporal, solamente hasta poder compartir la autoridad con creyentes espiritualmente desarrollados.

Por último digamos que no hay ninguna referencia bíblica que persona alguna haya sido ungida como apóstol para el ejercicio del rango. Si bien no existe mucha información sobre el desarrollo de la iglesia en los primeros dos siglos, el dogma de “primo entre pares” aparece tardíamente en el cuarto siglo y posteriormente sigue desarrollándose hasta llegar al conocido sistema de gobierno de la iglesia católica, donde la máxima autoridad está centrada en el nuncio apostólico.

Apóstol igual Rol

Ahora si vemos el apostolado como rol resultará mucho más sencillo y estrictamente bíblico definir que es un “Apóstol”. Además arrojará luz sobre algunos pasajes que resultaban difíciles de interpretar.

Para poder entender el apóstol como rol debemos despojarnos de un paradigma instalado en nuestra cultura cristiana. Cuando decimos “Apóstol” es casi un título que otorga autoridad. Es muy común que cuando un predicador quiera reforzar el peso de una verdad diga: “... cómo dice el Apóstol Pablo, el Apóstol Pedro, etc.”.

A menudo se toma el ejemplo del ministerio de Pablo para definir el apostolado, Entonces se dice que un apóstol es uno que entre otras cosas “abrió iglesias y tiene pastores a su cargo”. Paradójicamente en los evangelios, por lo menos en siete oportunidades, a los discípulos se los denomina apóstoles, aun cuando no tienen ninguna jerarquía, no son pastores, no abrieron iglesias, ni tienen a su cargo pastores. Según el Nuevo Diccionario Bíblico Certeza, el término griego “*apostolos*” aparece más de ochenta veces en el Nuevo Testamento. Deriva de un verbo muy común: enviar. Entonces si leemos Lucas 9.2 y 10 reemplazando la palabra apóstol por enviado, descubrimos que no hay ningún conflicto en ser un discípulo (aprendiz, alumno) y a la vez ser un apóstol. “*Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos... Vueltos los ~~apóstoles~~ **enviados**, le contaron todo lo que habían hecho...*”.

Muchas veces se escuchó a maestros y predicadores tratar de determinar por medio de argumentos arbitrarios, si a Matías o a Pablo le corresponde ser considerado uno de los doce apóstoles. Tal como los explicamos más arriba, cuando el Señor Jesús asciende a

los cielos era muy importante determinar quiénes eran los sucesores del Maestro, por eso se fijaron pautas muy específicas. Pero si nos mantenemos en el concepto de que el apostolado es un rol igual que los otros cinco ministerios, entonces no necesitamos ubicarlo a la fuerza a Pablo entre los doce, para poder valorar su tarea. Según Hechos 14.14 tanto Pablo como Bernabé son apóstoles, en todo el sentido de la palabra, sin necesidad de entrar en conflicto con Matías.

Durante el ministerio de Jesús en la tierra, vemos que los apóstoles fueron enviados a las ciudades, pueblos y aldeas a predicarle a la gente, no en las sinagogas ni en el templo. Entonces podemos decir que el apóstol era el encargado de predicar en los lugares donde el evangelio aún no se había establecido.

Estudiando la vida de Pablo vemos que después de su conversión estuvo cierto tiempo en la iglesia en Antioquia, y luego es **enviado** juntamente con Bernabé a predicar el evangelio, mayormente a las ciudades que aún no habían sido alcanzadas por la Palabra. Siguiendo con la visión del apóstol como rol, se resuelve el planteo que surge del concepto popular de que para ser apóstol primero hay que ser pastor, al leer en Efesios 4 aparecen los cinco ministerios, todos en un pie de igualdad. Ningún ministerio es previo ni superior a otro. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que Pablo nunca fue pastor. El mismo explica cuál es la tarea que lo ocupa y a la que se dedica, cuando en 1 Corintios 1.17 dice: *“No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio”*. Las cartas paulinas denominadas “pastorales” nos dan la pauta de que Pablo, aun la organización y el establecimiento del gobierno de la iglesia, lo deja en manos de miembros de su equipo.

Esto arroja luz sobre la declaración de Pablo cuando dice que Dios puso en la iglesia **primeramente** a los apóstoles. O sea en el orden cronológico de aparición. Según la explicación de Pablo, les toca a los apóstoles la fundación de las iglesias. Son los que colocan el fundamento: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles...”* Efesios 2.20 *“yo como perito arquitecto puse el fundamento”*, y serán luego los otros

ministerios los que prosigan con la obra de la edificación de la iglesia. En 1ra Corintios 3.6 dice claramente: *“Yo planté, Apolos regó”*.

En cuanto a las cartas y a toda la enseñanza emanada de la pluma de Pablo, responden a su ministerio de maestro. Esto es explicado por el mismo cuando dice: *“yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles”* 2da Timoteo 1.12.

Si entendemos que la tarea apostólica es la de abrir iglesias podremos comprender el pasaje de 1ra Corintios 4.8-13. Evidentemente la iglesia de Corinto ya superó la etapa de “obra nueva” y en una actitud inmadura y carnal menosprecia la tarea del apóstol. Por lo que Pablo les tiene que decir: *“Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros!”*.

Ahora, sigamos analizando el pasaje. Existe un abismo entre lo que entendemos que es un apóstol y la descripción que hace Pablo. Mientras hoy consideramos al ministerio apostólico vinculado al éxito, a la cúspide, al mayor grado que podemos alcanzar, oigamos el punto de vista de Pablo sobre el apostolado: *“Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres.”*

Nos resulta un tanto incomprensible que se esté dirigiendo a una iglesia establecida cuando escribe: *“Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, más vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados”*. Sin embargo si trasladamos la situación a nuestros días es muy probable que la historia se repita. Supongamos que a nuestra ciudad llegase un “apóstol” con las características descritas en los versículos 11 y 12, *“hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos”*. Los que pertenecemos a una iglesia ya establecida, al ver la condición social y económica de esos “apóstoles”, los caratularíamos como: “paracaidistas”, “mal testimonio” “kiosquito” y otras frases afines. Ellos por su parte se sentirían identificados con el apóstol Pablo cuando

dice: “... *hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.*”

En nuestro mundo caracterizado por los resultados visibles e inmediatos se hace difícil encontrar cristianos dispuestos a responder al llamado de un ministerio tan esforzado. Frente al escaso tiempo restante, hasta la venida del Señor, hoy más que nunca cobra vigencia el mandato de Jesús de orar específicamente: “*La mies a la verdad es mucha, más los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*”.



***Carlos Sokoluk** es graduado y profesor del Instituto Bíblico Río de la Plata en Buenos Aires, Argentina. Pastor en dos iglesias en el conurbano bonaerense. Desde 1979 reside a la Provincia de Misiones. Fue pastor fundador de la primera Iglesia de la Unión de las Asambleas de Dios en Posadas desde donde, en tres décadas, se fundaron más de veinte nuevas congregaciones. Destacado líder de la juventud, conferencista y predicador.